

La Ducha,

("Nuevo Mundo", Madrid, 3 mayo 1906)

2-146  
2-74

1



## LA DUCHA 9

Durante mucho tiempo he tenido una gran fe en la ducha moral como método de reaccionamiento de los pueblos y los individuos. Con acaso sobrada frecuencia me he dedicado á fustigar á sujetos y á públicos, sobre todo á los amigos, sin otro propósito que el de ver si de esa manera reaccionaban.

Creía yo que cuando á uno se le llama en variedad de tonos ignorante, se le mueve á que se ponga á estudiar. Pero por desgracia no ocurre así, cuando menos entre nosotros.

Si á mi me hubieran dicho que no gano el pan que como; que no merezco el sueldo que el Estado me da por cumplir con mi deber de catedrático; que debiendo figurar, como tal catedrático, en la vanguardia del ejército de la cultura, no hacía sino desempeñar rutinariamente mi cátedra y leer los periódicos ó jugar en el Casino, todo esto habría bastado para, metiéndome en casa, clavar los codos en los brazos de un sillón y ponerme á empollar cualquier cosa. Pero resulta que reproches tales no sirven á otros que se encuentran en el caso que supongo, sino para irritarlos y moverles á romper en recriminaciones contra el que tal les diga. Parece que el corregirse es dar la razón al censor, y antes que ésto cualquier cosa.

Esta especial terquedad, mezcla de soberbia y de indolencia, es una de las cosas que más desaniman á todo el que trabaja por levantar el espíritu de este pobre país.

La ducha no sirve sino para irritar á estas gentes por de pronto, para deprimirlas después. En vez de cobrar ánimos se desalientan.

Parece ser que la ducha material, de agua fría, hace que el organismo reaccione cuando le queda á éste repuesto de energía, pero cuando está muy abatido, cuando el mal es íntimo y la consunción arraigada, la ducha puede hasta acarrearle la muerte. Y lo mismo ocurre con la ducha moral.

«Es usted muy inhumano—me decía hace poco un amigo á quien encontré en el tren é hicimos un recorrido juntos—es usted muy inhumano; cada vez que habla ó escribe parece que se complace en ponernos de manifiesto nuestros defectos, nuestra poquedad, nuestra torpeza, y así nos desanima». Y es todo lo contrario. Si alguna vez me paso de duro es con el mismo propósito con que sujeto á un niño y, sin hacer caso de sus gritos, hago que le administren la ducha que necesita.

Hay una frase que no puedo soportar y es la de «no todos podemos hacer lo mismo» ó «eso no es para todos». Me pone de pésimo humor el oírla. Porque si alguna vez la impotencia se disfraza de holgazanería y finge uno no querer hacer algo para lo que en su fuero interno se siente incapaz, muchas más veces, muchísimas más, casi siempre, se disfraza la holgazanería de impotencia y pretexto uno no poder hacer algo ó no ser capaz de ello cuando en el fondo no hay sino la más lamentable dejadez.



VNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

GREDO.S.U.S.A.L.E.S





¿Pero es que la holgazanería no es una forma de la impotencia?, se me dirá. ¿Cabe mayor impotencia que la de no poder querer algo? Este es precisamente el problema y aquí está el eterno círculo vicioso que encontramos en el fondo de toda cuestión moral. ¿No puede porque no quiere ó no quiere porque no puede?

Pero yo he creído mucho tiempo que aunque uno mismo, de por sí, no pueda querer moverse á hacer algo, habría de quererlo si le excitaba otro, si le aplicaba una ducha ó un botón de fuego. Pero la experiencia me está demostrando que desgraciadamente rara vez es así. Por lo menos en España, que es el único país que conozco algo.

Nuestra pobre patria está infestada de soberbia gratuita. Abundan aquí los sujetos que, sin haber hecho nada en su vida ni haber dado muestra alguna de su espíritu en cualquiera de los campos de la actividad humana, tienen una disparatada idea del valor de sí mismos, todo lo desdennan y parecen estar diciendo de continuo: «si me pusiera yo á eso...» Es lo de aquel fantas-

món que dice: ¡bah!, con libros, cualquiera hace esto. Todo menos coger los libros y hacerlo.

Esos desgraciados, presa de la soberbia gratuita no se ponen á hacer las cosas por temor á ser discutidos, ya que el miedo al ridículo es una de las más miserables y más degradantes pasiones que puedan darse.

Mrs. Annie Besant, la teósofa, dice en su autobiografía: «Son muchas las personas que desean el triunfo de una buena causa, pero muy pocas las que se cuidan de prepararse para servirla y todavía menos las que arriesgan algo en su apoyo. «Alguien tiene que hacerlo, ¿pero por qué yo?», es la repetida frase de la simpatía floja. «Alguien tiene que hacerlo, ¿pero por que no yo?», es el grito del más serio servidor del hombre que avanza á arrostrar cualquier deber peligroso. Entre estas dos sentencias median siglos enteros de evolución moral».

Pues sí, váyales usted con este cuento á todos esos orondos señores que no hacen nada; alegan que si algo hacen no se les recompensa debidamente, y cuando se les suelta el fustigazo de una ducha se revuelven primero contra el que se la administra, y se sumen de nuevo después en su torpe modorra.

MIGUEL DE UNAMUNO

